

ANTONIO MACHADO, FILÓSOFO DEL PUEBLO

JOSÉ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Universidad de Murcia

pepemarher@yahoo.es

El propósito principal de esta meditación es contemplar la figura de don Antonio Machado desde una nueva perspectiva y poner en evidencia la imagen tópica, reduccionista y empobrecedora que se ha construido sobre él con el paso del tiempo en la cultura oficial de nuestro país. Después de diversos y nefastos avatares históricos, apropiaciones y manipulaciones políticas a diestro y siniestro y visiones sesgadas de su obra y su persona, asuntos en los que no voy a detenerme de manera detallada, se ha terminado esculpiendo y erigiendo en el centro de la cultura española la consabida estatua de un Antonio Machado poeta esencial y meditador ocasional y hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno. Dicho de otra manera, don Antonio se ha convertido entre nosotros en el símbolo de un poeta nacional y en una especie de santo laico, San Antonio de Collioure, como le rebautizó Jorge Guillén. Y no es que esa efigie entrañable y venerable, fruto de la admiración y el respeto colectivo hacia él, carezca de fundamento y de verdad, sino que es sólo una parte de la verdad, una mirada sesgada y de perfil que impide iluminar y ver con claridad la otra cara de ese perfil incompleto y menguado, porque, a veces, también la memoria y la fama, cuando caen en el tópico y en la manida costumbre, se convierten en una forma sutil de negación, menoscabo u olvido.

Me propongo, pues, dibujar ese perfil alternativo de don Antonio Machado –en forma de apunte y no de cuadro completo– con tres trazos o temas principales: primero, su originalidad e importancia como filósofo y pensador; segundo, su singularidad como defensor de la cultura popular; tercero, su condición de creador de un nuevo arquetipo literario: el del filósofo del pueblo. Estos tres temas pueden, a su vez, resumirse en tres lemas: «Macha-

do filósofo», «Machado demófilo» y «Machado creador de Juan de Mairena». Vayamos por partes y empecemos por lo primero: «Machado filósofo».

He puesto de manera deliberada en el título de esta meditación la palabra «filósofo» al lado de su nombre porque sé que todavía hoy llamar así a don Antonio Machado es, en gran medida, un acto de atrevimiento, sobre todo en el ámbito filosófico español más académico y ortodoxo, a pesar de que esa idea ha ido abriéndose paso poco a poco de manera tímida pero firme gracias a la labor de algunos machadianos ilustres como Mariano Quintanilla, Pablo de Andrés Cobos, Jorge Enjuto, Antonio Sánchez Barbudo, Segundo Serrano Poncela, Rafael Gutiérrez Girardot, Eustaquio Barjau, María Zambrano, Aurora de Albornoz, Juan D. García Bacca, José María Valverde, José Luis Abellán o Pedro Cerezo, entre otros. Como bien decía uno de esos machadianos, Eustaquio Barjau:

Llamar a Antonio Machado «filósofo» es algo que no puede hacerse si no es colocando cuidadosamente esta palabra entre comillas, o, mejor aún, acompañando esta afirmación de toda una serie de precisiones y aclaraciones. En efecto, uno siente grandes reparos al aplicar este término a un autor, conocido y reconocido universalmente como poeta, pero cuya obra «filosófica» —de nuevo entre comillas— se reduce a los volúmenes miscelánicos y fragmentarísticos, mezcla de veras y bromas, del zumbón Juan de Mairena, profesor de Retórica y Sofística —o, para ser más exactos, a parte sólo de estos volúmenes—, a las prosas y trovas de Abel Martín, su maestro, y a poca cosa más.¹

Pues bien, quiero seguir el prudente consejo de don Eustaquio y acompañar el primer tema de esta meditación con todas las precisiones y aclaraciones necesarias, porque una de las ideas principales que me propongo exponer y defender puede ser resumida en pocas palabras: don Antonio Machado es, junto con Unamuno y Ortega y Gasset, uno de los tres pensadores españoles más importantes del siglo XX. Ya sé que voces de mucho prestigio y más autorizadas que la mía, y profundamente equivocadas desde mi punto de vista, le negaron a don Antonio el mérito como pensador y filósofo. No ignoro que, según Dámaso Alonso, el encuentro con la filosofía fue fatal para su poesía: «Machado cambió por cobre filosófico buena parte de su oro poético de ayer»²; o que Julián Marías rechazó tajantemente que su obra tuviera impor-

1 BARJAU, E., *Antonio Machado: teoría y práctica del apócrifo*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, p. 17.

2 ALONSO, D., «Fanales de Antonio Machado», en *Cuatro poetas españoles (Garcilaso-Góngora-Maragall-Antonio Machado)*, Madrid, Gredos, 1976, p. 176.

tancia filosófica: «Antonio Machado fue un poeta, y cuanto más se lo lee y se piensa en él más evidente resulta; y su obra es tanto más valiosa cuanto más estrictamente poética es, y en la medida en que se aparta de la poesía decae y desmerece». ³ Y tampoco olvido que Fernando Lázaro Carreter se sumó a ese juicio negativo sobre el último Machado ⁴, empeñándose en minusvalorar su prosa como penosa heredera de la sequedad de su manantial lírico y de la decadencia de su poesía. Estas y otras opiniones del mismo cariz, provenientes sobre todo tanto de la academia filosófica como literaria, han acabado por ahorrar un Antonio Machado de manual, reducido y simplificado, que es el que todavía hoy se enseña en nuestras escuelas, institutos y universidades con el siguiente rótulo: «el poeta autor de *Soledades* y de *Campos de Castilla*», es decir, un Machado condenado a ser únicamente, sin que nadie lo remedie, el escritor comprendido entre 1899 y 1917, como si su obra hubiese palidecido desde este último año y para siempre. Dicho con las palabras de Antonio Fernández Ferrer, autor de la mejor edición de cuantas conozco del *Juan de Mairena*:

La superstición propia de todo mito literario ha creado la figura de un Antonio Machado *poeta*, en el sentido más romo y empalagoso de la palabra, intentando mostrarnos sus escritos apócrifos como mero complemento excéntrico de su producción en verso. Por fortuna, sin embargo, tan perezosos lugares comunes son cada día menos compartidos. ⁵

Los responsables de ese tópico injusto no son solamente Dámaso Alonso, Julián Marías o Fernando Lázaro Carreter, no fueron ellos sus inventores, porque el entuerto empezó a gestarse inmediatamente después de la muerte de don Antonio, cuando la censura franquista quiso presentarlo, filtrado, maquillado y rehabilitado, como ingenuo cantor de la intimidad y la melancolía, ocultando su dimensión cívica, ética y política como defensor a ultranza de la República, y prohibiendo la edición y la lectura, por ejemplo, de su *Juan de Mairena* desde 1939 a 1951. Se reeditaron, así, en 1941 unas sueltas *Poesías* completas, por mano del falangista Dionisio Ridruejo en un

3 MARÍAS, J., «Antonio Machado y el pensamiento», en *Antonio Machado hacia Europa*, Actas del Congreso Internacional, Madrid, Visor Libros, 1993, p. 151.

4 LÁZARO CARRETER, F., «El último Machado», en *Homenaje a Machado*, Curso en Homenaje a Antonio Machado de la Universidad de Salamanca, Salamanca, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, 1977, p. 124.

5 FERNÁNDEZ FERRER, A., Introducción a *Juan de Mairena*, tomo I, Madrid, Cátedra, 2006, p. 12.

intento forzado de mutilación y apropiación de su obra, enmarcadas con un célebre prólogo titulado «El poeta rescatado», reedición de un artículo con el mismo título publicado en el primer número de la revista *Escorial*⁶ en 1940, en el que Ridruejo dibujaba la falsa figura de un Machado páñfilo y equivocado, sin verdaderas convicciones políticas, embaucado por las mentiras de los comunistas —«el propagandista propagandeadado», dijo de él en expresión que se ha hecho célebre— y moralmente secuestrado por los enemigos de la Patria. Ese rescate mutilador y vergonzante, del que Ridruejo se arrepentiría más tarde reconociendo la importancia de don Antonio como pensador⁷, fue el origen de la construcción de la figura de un Machado exclusivamente valioso como poeta y prescindible por completo como escritor en prosa y, a su manera, filósofo, olvidando las certeras palabras de Coleridge: «Ningún ser humano ha sido un gran poeta sin haber sido a la vez un profundo filósofo». Y, por si fuera poco, las sentencias, donaires, apuntes y recuerdos del *Juan de Mairena*, su principal obra en prosa, se editaron por primera vez en forma de libro, sin que sepamos la fecha exacta, hacia el verano de 1936, uno de los peores momentos de la historia de España para editar cualquier cosa.

Pero el entuerto simplificador que padece don Antonio no se ha producido sólo por razones históricas o políticas, sino que tiene también poderosas razones tanto filosóficas como literarias. Hay en sus escritos en verso y en prosa causas más que suficientes para provocarlo, y la principal de ellas es que el conjunto de su obra, y sobre todo el *Juan de Mairena*, desafía las convencionales definiciones de lo filosófico y lo literario y el cómodo reparto de territorios de las academias respectivas, pues se sitúa en medio, en tierra de nadie, eliminando rígidas barreras y facilitando el tránsito de lo uno a lo otro, de la Filosofía a la Literatura y de la Literatura a la Filosofía, de manera libre y sin pagar ningún tipo de peaje intelectual. Es decir, Machado es, a un tiempo, poeta y filósofo heterodoxo, poeta meditativo o poeta en el margen de la poesía y meditador poético o filósofo en el margen de la filosofía. Por eso, su obra como poeta y prosista es, nunca mejor dicho, un canto y una meditación de frontera, como supo ver Octavio Paz: «Prosa y poesía, vida y obra, se funden con naturalidad en la figura de Antonio Machado. Su

6 RIDRUEJO, D., «El poeta rescatado», en *Escorial (Revista de cultura y letras)*, nº 1, 1940, pp. 93-100.

7 Ver el artículo «Antonio Machado (Veinte años después de su muerte)» publicado por Ridruejo con el pseudónimo de Juan Salduero en la revista *Sábado Gráfico* en 1959 y reproducido en RIDRUEJO, D., *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, p. 83.

canto también es pensamiento; su pensamiento, reflexión del canto sobre sí mismo». ⁸ Pero Machado no se encuentra solo en ese empeño de hermanar no ya la meditación y el canto, sino el pensamiento y la Literatura. La obra de don Antonio se enmarca en una rica tradición limítrofe que ha sido muy fértil en el pensamiento moderno y contemporáneo y que cuenta, entre otros nombres ilustres, con los de Montaigne, Pascal, Voltaire, Diderot, Rousseau, Goethe, Lichtenberg, Leopardi, Friedrich Schlegel, Hölderlin, Novalis, Kierkegaard, Nietzsche, Valery, Tolstoi, Pessoa, Unamuno, María Zambrano, Broch, Musil, Elias Canetti, Sartre, Camus, Borges, Cioran, Octavio Paz, etc. Esa tradición peculiar de escritores, a los que yo denominaría genéricamente como «pensadores de la frontera», en el doble sentido subjetivo y objetivo del genitivo, desafía la acostumbrada clasificación de los géneros literarios y filosóficos por separado y sus miembros suelen padecer, de una u otra manera, su falta de acomodo convencional y su exceso de indefinición. En el caso de don Antonio Machado, su pertenencia a esa frontera ha dado lugar a la situación que vengo señalando y que ya supo ver Jorge Enjuto hace más de cincuenta años:

Con Machado nos pasa a todos lo mismo que con Unamuno, sólo que a la inversa. Unamuno es un filósofo-poeta con una importante obra poética en su haber; no obstante, considerándosele mayormente filósofo –o pensador como algunos prefieren llamarle– costó mucho tiempo para que su poesía fuera tomada en serio. Así, a Machado, nos cuesta a todos trabajo verlo como filósofo, y mostramos una tendencia inconsciente a buscar el origen de sus ideas en sus lecturas de filósofos reconocidos como tales. ⁹

Jorge Enjuto señala aquí un problema crucial, porque, incluso entre quienes aprecian y valoran el fuste filosófico de la obra de don Antonio, es muy frecuente la actitud tendenciosa de buscarle precursores, influencias o semejanzas a granel, como si su prosa necesitara apoyarse en filósofos ya consagrados y utilizarlos como muletas de prestigio para sostenerse de pie y adquirir autoridad y prestancia. Desde esta perspectiva comparativa, las influencias parecen estar rodeándolo por todas partes, como múltiples modos de apuntalamiento y socorro académico: Leibniz, Kant, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, Bergson, Husserl, Scheler, Unamuno, Ortega y Gasset,

8 PAZ, O., *Las peras del olmo*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1985, p. 173.

9 ENJUTO, J., «Apuntes sobre la metafísica de Antonio Machado», en *La Torre*, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, números 45-46, enero-junio de 1964, p. 211.

Heidegger, etc. Al mismo tiempo, de manera misteriosa, su originalidad parece estar ausente, porque, más que nunca en este caso, como también vio el mencionado Enjuto: «Existe en todos nosotros una tendencia escondida que nos lleva a tratar de destruir el pensamiento original a través de la búsqueda de sus raíces». ¹⁰ Y esta actitud disolvente de su originalidad, acarreado a veces sin ton ni son analogías peregrinas de aquí, de allá y de más allá, actitud que, dicho sea de paso, me parece mezquina e injusta, se ha tomado no sólo contra su condición de pensador, sino también, como señalaré más adelante, hacia su *Juan de Mairena*, y hacia el singular arquetipo humano del mismo nombre que en ese libro único fue capaz de alumbrar y dotar de vida propia. No quiero decir, entiéndaseme bien, que don Antonio Machado sea un escritor adánico que carezca de influencias, sino que, más allá de ellas, es, como poeta-pensador o pensador-poeta, tanto da, especie única, tanto por lo que piensa como por la manera de hacerlo, pues sobre todo en este caso la forma afecta de manera decisiva al contenido y no puede separarse de él.

Creo que no hay camino más equivocado y sin salida para entender la relevancia y la singularidad del pensamiento machadiano que buscarle a la fuerza un nicho en el seno de la academia filosófica. Es tanto como traicionarle, reducirle y disolver su rotunda personalidad como libre meditador, obligándole a ser un pensador convencional, es decir, lo contrario de lo que quiso ser, según sus propias palabras dirigidas a Unamuno en el célebre *Poema de un día*: «Esa tu filosofía /que llamas diletantesca, /voltaria y funambulesca, /gran don Miguel, es la mía». Por eso, los mejores catadores de su obra han destacado siempre su estilo personal e inimitable, poético y meditativo a la vez, y han señalado su irreductible diferencia. Por ejemplo, dice Juan D. García Bacca: «Antonio Machado no es filósofo. Es “pensador”. Lo que es ser más, mucho más, muchísimo más que filósofo. Más y mejor». ¹¹ Y, en el prólogo de su traducción de *Hölderlin y la esencia de la poesía* de Heidegger, añade García Bacca: «Machado es, en uno, poeta y filósofo de la poesía: es Hölderlin y Heidegger.» María Zambrano, por su parte, afirma:

Un pensamiento, pues, dotado de vida propia que hace del hombre donde habita antes que un filósofo o un sabio o un poeta explícito, un pensador o meditador; un ser pensante a toda hora, hasta en sueños; y, precisamente, en

¹⁰ *Ib.*, p. 213.

¹¹ GARCÍA BACCA, J. D., «Antonio Machado: ¿Poeta o filósofo?», en *Cuadernos para el diálogo*, número extraordinario XLIX, noviembre de 1975, p. 21.

sueños es como se ve Antonio Machado, arquetipo de esta especie de seres pensantes.¹²

Arquetipo y creador de arquetipos, como diré más adelante, pues eso y no otra cosa es precisamente su Juan de Mairena. Uno de los primeros en advertir y defender la extraordinaria dimensión de la obra en prosa de don Antonio, situándola a la misma altura de su obra en verso, fue José M.^a Valverde:

El hecho de que casi nadie haya leído con la necesaria detención e insistencia las páginas en prosa de Antonio Machado, y otras variadas circunstancias, nos han velado la importancia de quien no me hartaré nunca de calificar como una de las personalidades más enterizas de nuestra historia cultural, de redondez verdaderamente goethiana –por usar el módulo específico de «redondez» intelectual de mayor vigencia– y de una importancia de pensamiento equiparable a la de su compañero y maestro Unamuno.¹³

Esta reivindicación la hizo Valverde, dicho sea en su honor, en una España que atravesaba tiempos difíciles y de silencio, en el número especial de *Cuadernos Hispanoamericanos* dedicado a la memoria de don Antonio en 1949, cuando todavía su prosa estaba censurada y prohibida y apenas habían transcurrido ocho años desde que, en mayo de 1941, una comisión encargada de depurar el sistema educativo, presidida por José María Pemán, le separara del servicio como Catedrático de Instituto dos años después de su muerte.

Pues bien, volviendo del triste recuerdo a nuestro asunto, a pesar y en contra de todas las opiniones negadoras o reductoras de su importancia filosófica, hay en don Antonio Machado un pensamiento de primera magnitud, conjuntivo y fronterizo, original y profundo, que niega toda disyunción exclusiva entre lo filosófico y lo poético o literario y que afirma un rotundo *tertium datur* entre ambas formas de meditación y de escritura. Hay en él una «filosofía de poeta», como bien ha señalado Pedro Cerezo, otro machadiano ilustre, es decir, una concepción poética de la razón, del ser, del conocimiento, del sujeto y de la historia, una visión poética del mundo, que aún no ha sido suficientemente precisada, resaltada y celebrada. Y quiero dejarlo dicho bien alto y claro: la prosa de Machado no es ni la decadencia de su poesía,

12 ZAMBRANO, M., «Un pensador», en *Cuadernos para el diálogo*, número extraordinario XLIX, noviembre de 1975, p. 64.

13 VALVERDE, J. M.^a, «Evolución del sentido espiritual de la obra de Antonio Machado», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, números 11-12, septiembre-diciembre de 1949, p. 401.

ni un mero apéndice de ella, ni la amalgama mimética de influencias ajenas, sino la completa manifestación de una personalidad única y admirable, la obra de un juglar meditativo de importancia universal.

La clave principal de su pensamiento se encuentra en sus apócrifos, como advierte el profesor Pedro Cerezo: «Entre los secretos de la obra machadiana, ninguno hay, a mi juicio, tan fascinante y sugestivo como sus “apócrifos”». ¹⁴ Y no se trata de un mero recurso literario, sino de una característica personal y esencial de su filosofía, que nos remonta, por un lado, a la tradición socrático-platónica –no olvidemos que Sócrates fue en gran medida un apócrifo de Platón– y que supone, por otra parte, una posición de libertad frente a la tradición filosófica, una concepción poética de la realidad, es decir, el primado filosófico de la imaginación frente al monopolio tradicional de la razón, y una ontología de lo posible y lo supuesto frente a lo real o lo necesario. Es lamentable que la creación de apócrifos, una de las ideas más originales y profundas de don Antonio, haya sido a veces explicada como mero producto de su timidez o de su inseguridad como pensador, o, en el colmo del retorcimiento especulativo, como intento de encubrir su relación sentimental con Pilar de Valderrama, haciendo pasar a Guiomar por un apócrifo más. Pues no, nada de eso, ni mucho menos. La razón de ser de los apócrifos de Machado es, ante todo, su actitud personal y original hacia la filosofía, que le hace estar, a la vez, dentro y fuera de ella, porque, como dice Juan de Mairena, «toda visión requiere distancia, y no hay manera de ver las cosas sin salirse de ellas». A mi entender, la más acertada explicación de este asunto la dio José María Valverde: se trata, dice Valverde, de tomar distancia respecto al filosofar sin dejar de ejercerlo. Y los recursos para esa toma de distancia ante la filosofía, para pensar por libre viéndola desde fuera y sin las apreturas del corsé académico, consisten en la invención de personajes apócrifos e interpuestos, en el uso de la ironía y el humor, y en no poder ni querer escribir sobre filosofía en serio, según el testimonio personal aportado por Serrano Plaja: «quiero recordar aquí que otro día en que fui a verle con Emilio Prados, hablando de temas literarios, fue la conversación a dar en la palabra “filosofía”. A este respecto Machado declaró “que de esas cosas no podía escribir en serio”». ¹⁵ No podía hacerlo porque, en verdad, don Antonio, por su talante sencillo y

14 CEREZO, P., *Antonio Machado en sus apócrifos. Una filosofía de poeta*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2012, p. 101.

15 SERRANO PLAJA, A., *Antonio Machado*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1944, p. 29.

modesto, desconfía de la extrema seriedad, sublimidad y grandilocuencia tan habituales en el gremio de los filósofos, de ese rictus exagerado que parece estar soportando de continuo la gravedad del ser y de la nada, ese rostro severo que vive absorto en el olimpo divino de la pura teoría, que no se permite la risa porque se le antoja un pecado contra el *logos* y la *alézeia*, y, en el fondo, encuentra dicha actitud afectada, falsa y ridícula: «los grandes filósofos son los bufones de la divinidad», dice Mairena. Lo que don Antonio Machado está denunciando, sobre todo con su *Juan de Mairena*, es uno de los rasgos de la idiosincrasia del filósofo más comunes y menos señalados por la propia filosofía: la falta de humana sencillez y de modestia intelectual. «Nadie se ve su joroba», dice el saber popular. Y lo hace como el que no quiere la cosa, con un método de análisis psicológico semejante al de Nietzsche, pero utilizando en su caso como género la parodia amable y la desmitificación, y no la cruza nietzscheana de la sátira o el sarcasmo. Con un pie dentro y otro fuera de la Filosofía, don Antonio critica la soberbia del pensamiento cerrado, sistemático y totalizador, que parece nacido de una cabeza sin mundo, que sólo contempla su propio ombligo, que está más atento a la unidad y coherencia del pensar que a la multiplicidad y diferencia del ser, y crece animado por una voluntad de saber que es, en realidad, mera voluntad de poder. Contra esa forma de pensamiento, Machado practica un pensar abierto, fragmentario y comprimido, más suspensivo que conclusivo, atento al fluir de las mismas aguas de la vida, que contempla y pretende retener con naturalidad el ser en su diferencia y que reivindica, frente a la gravedad solemne del pensador airado contra el mundo, el valor filosófico y vital del humor y la gracia. Es la suya una filosofía que, frente a la lógica arquitectónica de la deducción, propone una lógica poética de la invención, que ante el poder de abstracción de la razón, que confunde la filosofía con la disolución de la realidad en la pura y seca racionalidad, señala, por decirlo con palabras de Ernesto Grassi, el poder de la fantasía, su virtud imaginativa e ingeniosa, poética y creadora, una fantasía que, en contra del tópico platónico, no nos sumerge en un sueño mentiroso de sombras inanes, sino que nos acerca a la verdad, a otra cara de la verdad: «Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía: / también la verdad se inventa», como dice uno de los proverbios de *Nuevas canciones*. Mundo apócrifo, Dios apócrifo, sujeto apócrifo, pasado y futuro apócrifos, amada y padres apócrifos, poetas y filósofos apócrifos, incluso un «Antonio Machado» apócrifo, verdad apócrifa, etc. En suma, lo que Machado propone a través de su teoría de lo apócrifo es, por un lado, una toma de distancia y

de libertad frente a la filosofía y, por otro, una Metafísica poética, de lo creado, lo posible y lo imaginado, es decir, una concepción poética del yo, del conocimiento y el pensamiento, y del ser, porque lo apócrifo no sólo es para él fábula o ficción, sino, sobre todo, creación, posibilidad e imaginación. El problema de lo apócrifo es la clave principal para acceder al centro del pensamiento poético de don Antonio y quien menosprecie, o no le preste la debida atención a esa clave, se quedará merodeando a su alrededor sin comprender nada, desnortado y confundido, o, lo que es peor, practicando sobre él una hermenéutica errática y, en ocasiones, ridícula.

Apuntada esta clave principal de Machado como filósofo tenemos con ella la llave para abrir muchas otras puertas de su pensamiento, porque lo apócrifo no sólo es para él lo supuesto o fingido, sino, sobre todo, lo creado, lo posible y lo imaginado. Pero no podemos entretenernos ahora en abrir todas esas puertas con detenimiento y debo pasar casi de largo, mencionando nada más que el rótulo que hay en algunas de ellas, como, por ejemplo: «Razón poética», «Ontología de lo posible», «Un pensar homogéneo y un ser heterogéneo», «El escepticismo como vía hacia la verdad», «Nadie es más que nadie», «A la Ética por la Estética», «Ideas racionales e ideas cordiales», «El animal poético», «Contra el solipsismo, el pragmatismo y el hombre cinético», «Gracia y desgracia de la Filosofía», «La Escuela Popular de Sabiduría Superior: una escuela del desaber», etc., etc.

Sólo voy a entreabrir por ahora con brevedad, para no frustrar del todo nuestra curiosidad, alguna de esas puertas. La primera de ellas es la idea de razón poética, de la que don Antonio es inspirador y precursor junto con Unamuno¹⁶, y de la que se derivan otras ideas como fe poética, duda poética, y, sobre todo, el yo poético, es decir la concepción de un sujeto múltiple, polifónico y creador, entendido no como realidad idéntica o rostro, sino como posibilidad y máscara. Su pensamiento es también, me asomo con rapidez a otra puerta, una filosofía de lo posible, frente a lo real y lo necesario; pero desarrolla una reflexión sobre la idea lógica y ontológica de posibilidad que destaca su lado positivo frente al negativo, y que, al contrario que Kierkegaard o la filosofía existencial, que sienten y piensan lo posible desde la angustia, vincula lo posible a la esperanza diciendo: «Hoy es siempre toda-

16 Recordemos que la primera vez que María Zambrano utiliza la expresión «razón poética» es a propósito de un comentario publicado en la revista *Hora de España* sobre el libro de Antonio Machado *La guerra*. Ver *Hora de España*, tomo III, Barcelona, Editorial Laia, 1977, pp. 164-170.

vía». Es decir, frente al principio de razón o realidad suficiente, Machado opone el principio de imaginación o posibilidad permanente. Y frente a la gravedad y la angustia como hijas severas y temibles de lo posible, la gracia y la esperanza como hijas más benévolas de las que también está preñada toda posibilidad. Por tanto, su filosofía es una réplica original y fecunda al existencialismo y no una imitación de él, como a veces se ha sugerido. Hay, además, en don Antonio una teoría del conocimiento insólita, heterodoxa y provocadora como pocas: «A mi juicio el gran pecado de la filosofía moderna consiste en que nadie se atreve a ser escéptico». Su duda no es, por supuesto, metódica y cartesiana —una pura contradicción en los términos, dice de ella—, ni siquiera escéptica («Yo os aconsejo una posición escéptica frente al escepticismo» dice Mairena a sus alumnos), sino poética:

Pero yo no os aconsejo la duda a la manera de los filósofos, ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte.¹⁷

Más aún, sigamos con nuestro rápido recorrido, Machado propone también una ética completamente revolucionaria, humanista e igualitaria como pocas, que no se inspira en sesudos tratados sobre el bien, la felicidad, el deber o los valores, sino en lo más noble de la sabiduría popular, en la sencilla frase de un campesino soriano a quien una vez escuchó decir: «nadie es más que nadie». Ni más ni menos, añadido yo. Y, en consonancia con esa ética —«a la ética por la estética», es la divisa de Mairena— defiende una concepción funcional e igualitaria del arte, que critica la idea del arte por el arte y el «aristocratismo inutilitario, o culto supersticioso a la inutilidad» de origen kantiano, y que rechaza la concepción elitista de la creación artística:

¿Un arte proletario? Para mi no hay problema. Todo arte verdadero será arte proletario. Quiero decir que todo artista trabaja siempre para la prole de Adán. Lo difícil sería crear un arte para señoritos, que no ha existido jamás.¹⁸

Todavía más, no podemos pararnos por ahora, su pensamiento contiene una singular concepción del ser humano como animal poético y creador de sentido, como ser imaginativo, fantasioso y cordial poseído por la necesidad

17 MACHADO, A., *Juan de Mairena*, tomo II, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 25-26.

18 *Ib.*, p. 15.

de medir y el afán de ser otro, una bestia paradójica y absurda que necesita lógica, un extraño animal que fabrica relojes y que mide su tiempo, esa ley psíquica de la gravedad, mientras vive, canta y medita en la frontera de la muerte, el silencio y el olvido. Y añadido, para terminar este rápido curioso filosófico, el pensamiento de Machado es, por un lado, precursor de la crítica a la razón moderna, por su afirmación del primado de la imaginación, la fantasía y el ingenio sobre la razón de filiación cartesiana; por su apología de un pensar más poético que arquitectónico y por su defensa de los universales del sentimiento junto a los universales del pensamiento. Y, por otro lado, contra los que pretenden hacer valer un Machado ingenuamente postmoderno, se anticipa a la crítica a la postmodernidad con sus afirmaciones en contra del solipsismo, el individualismo narcisista, el pragmatismo («una ingeniosa carencia de filosofía», «esa filosofía de mercaderes», «la religión natural de casi todos los granujas», dice de él Mairena), o el hombre cinético y de acción:

No pretendo educaros para hombres de acción, que son hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos, y es su exceso, precisamente, —no su existencia—, lo que trae al mundo entero de cabeza.¹⁹

En fin, me detendré en este afán panorámico y veloz de ser exhaustivo y de apuntar en pocas palabras la magnitud del pensamiento machadiano. No quiero vaciar el mar de pensamientos de don Antonio en un pobre y minúsculo vaso. Cualquiera que se haya bañado y sumergido de verdad en ese mar sabe de lo que hablo, pues lo más frecuente es regresar a su orilla cargado con un tesoro de meditaciones e iluminaciones. Queden cerradas esas puertas por ahora, dejemos para otra ocasión tan atractivos asuntos y volvamos a lo nuestro. Quiero dar por terminado aquí el primer tema o trazo de mi dibujo con una descripción general del estilo machadiano de pensamiento. Hay en don Antonio Machado una concepción mundana y no académica del pensamiento, irenista y no polemista, un pensar entendido como meditación fragmentaria, singular y creadora sobre la experiencia concreta de la vida, como conciencia vigilante, sueño lúcido y búsqueda en común de la verdad («¿Tu verdad? No, la Verdad, / y ven conmigo a buscarla. /La tuya guárdatela»). Un pensamiento de lo posible y adversativo, del «quizá» y el «sin embargo», desmitificador y disidente, amable, socarrón y corrosivo, que nos invita con

¹⁹ *Ib.*, p. 27.

dura suavidad a mirarnos en el espejo bobo de nuestra supuesta sabiduría, que no practica la adhesión sistemática a sí mismo, sino que está convencido de su profunda fragilidad, que propone como cura para la habitual soberbia pensante un sano escepticismo, que echa mano de recursos como la ironía y la guasa para bajarle los humos al pensador y subirle el humor, sobre todo con la intención de que lo utilice contra sí mismo y no se tome tan en serio. Un pensar con donaire y gracia que se expresa a través de la poesía y de la prosa literaria bajo el imperativo cervantino de la llaneza y la claridad, porque la claridad no es para don Antonio la cortesía del filósofo, como dijo Ortega y Gasset con cierto aire a la vez altanero y condescendiente, sino su buena fe, como afirmó Vauvenargues con más tino, es decir, su prueba de honestidad y humildad como escritor. La claridad machadiana es un ejemplo de la ética a la que se llega a través de la estética, porque se escribe como se es. La claridad literaria es prueba de la confianza en la capacidad intelectual de todo ser humano, fe igualitaria y democrática en el poder del lenguaje como forma común de conocimiento y entendimiento, es la ética del escritor que escribe para todo el mundo, porque está convencido de que todos, si quieren, le pueden entender. Recordemos unas palabras suyas mil veces citadas:

Escribir para el pueblo —decía mi maestro—, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer.²⁰

Y, de la mano de estas palabras, paso al segundo trazo de este dibujo y al segundo tema que he prometido tratar: don Antonio Machado como defensor y amante de la cultura popular, es decir, «Machado demófilo». La actitud de don Antonio Machado hacia el pueblo y hacia la cultura popular no es circunstancial, sino que se encuentra en el corazón de su pensamiento y nos sirve para repensar la tradición filosófica desde una perspectiva poco común e iluminar una de sus zonas de sombra más extensas y menos advertida. Me refero a una mentalidad recurrente en la Historia de la Filosofía que denominaré *demofobia*, pero no usando esta palabra con el significado restringido que le ha dado la psicología contemporánea de miedo a las multitudes humanas, sino en otro sentido más antiguo y extenso: odio, temor o menosprecio hacia el pueblo.

20 *Ib.*, p. 18.

Desde los pitagóricos, Heráclito y Platón hasta Scheler o Adorno, pasando, entre muchos otros, por Kant, Hegel, Saint-Simon, Comte, Schopenhauer, Stuart Mill, Nietzsche, Ortega y Gasset o Heidegger, el aristocratismo intelectual y el elitismo, en diversas versiones, han sido en gran medida, y salvo excepciones honrosas, elementos integrantes de la idiosincrasia del filósofo. Un filósofo que se ha visto a sí mismo sucesivamente, por poner algunos grandilocuentes ejemplos, como Pastor de la grey popular, Rey sabio, Paladín de una Ciencia Primera y divina, Apologista de Dios, Heraldo de la Razón, Albacea del Espíritu Absoluto, Profeta del Superhombre, Funcionario de la Humanidad o Pastor del Ser. De punta a cabo de esta historia metafórica parece haber una extraña e inquietante relación entre la Filosofía y el pastoreo que no me hace maldita la gracia. Este elitismo impenitente y soberbio, esa discriminación intelectual reiterada entre los «pocos» y los «muchos», ilustrada, como hemos visto, a veces, con la ofensiva metáfora del pastor y el rebaño; en fin, esa funesta manía de mirar por encima del hombro a los demás, que atraviesa de parte a parte como una sombra petulante toda la Historia de la Filosofía, es la causa principal de la demofobia filosófica, que se manifiesta en la creencia fundamental de que la relación entre pueblo y pensamiento sólo puede ser una contradicción en los términos. Según este prejuicio filosófico, y cultural en sentido más amplio, el pueblo posee mitos, leyendas, cuentos, fábulas, supersticiones y refranes, pero no conceptos o ideas; o bien, el pueblo está dominado por pasiones y deseos y no es capaz de elevarse a la serena contemplación de la verdad, o también, el pueblo es humano porque siente, padece, canta, reza y baila, pero no es humano en plenitud porque no razona ni piensa con propiedad y rigor. En definitiva, la palabra «pueblo» ha sonado en la boca de los filósofos la mayoría de las veces como sinónimo de vulgar, ignorante, infantil, irracional o servil.

Valga como muestra de esa idiosincrasia filosófica antipopular un botón hegeliano que he sacado de su *Filosofía del Derecho*: «el pueblo –en tanto se designa con esta palabra una parte determinada de los miembros del Estado– significa la parte que no sabe lo que quiere. Saber qué cosa se quiere y, más aún, qué quiere la voluntad que es, en si y para si, la razón, es el fruto de un conocimiento y de una penetración más profunda, que precisamente no es asunto del pueblo». ²¹ Y al lado del botón hegeliano, sólo para que compare-

21 HEGEL, G. F., *Filosofía del Derecho*, México, Dirección General de Publicaciones de la UNAM, 1975, & 301, p. 300.

mos, quiero colocar este otro maireniano: «El pueblo sabe más y, sobre todo, mejor que nosotros». ²² La antítesis entre ambos textos es irreconciliable, pues pertenecen a dos concepciones del pensamiento y de la cultura opuestas por completo: la que separa, opone y jerarquiza la alta cultura por encima de la cultura popular y la que las sitúa horizontalmente para que se alimenten en pie de igualdad la una de la otra. La denuncia que don Antonio hace del aristocratismo cultural por boca de Juan de Mairena se comenta por sí sola:

No puede atenderse a la formación de una casta de sabios, con olvido de la cultura popular, sin que la alta cultura degenera y palidezca como una planta que se mustia por la raíz. Pero los partidarios de un aristocratismo cultural piensan que, mientras menor sea el número de los aspirantes a la cultura superior, más seguros estarán ellos de poseerla como un privilegio. Arriba los hombres capaces de conocer el sánscrito, la metafísica y el cálculo infinitesimal; abajo una turba de gañanes que adore al sabio como a un animal sagrado. ²³

Se puede decir más alto, pero no más claro. Hay quienes piensan que el compromiso de don Antonio con el pueblo es de última hora y que proviene de las penosas circunstancias de la guerra civil, que alimentaron en él esa tendencia radical. No estoy, en absoluto, de acuerdo. Es cierto que ese compromiso se le hace más intenso a partir de los años veinte del pasado siglo, movido por las nuevas circunstancias sociales y políticas que se producen en España y en Europa en ese tiempo: el fin de la primera guerra mundial, la reflexión sobre el fenómeno de las masas, la revolución comunista en Rusia, el protagonismo del proletariado y, finalmente, la terrible fiesta de Caín española de 1936. Sin embargo, se trata de una demofilia que le viene de herencia familiar desde su primera infancia, por ejemplo de su abuela paterna, Cipriana Álvarez Durán, una mujer singular conocida en Llerena como «La Mujer de los Cuentos», que realizó estudios sobre el folklore y era sobrina de Agustín Durán, gran estudioso y antólogo del Romancero, en cuyo *Romance-ro general* Machado aprendió a leer. Y, sobre todo, la clave fundamental para entender el amor de don Antonio por el pueblo es su padre, el gran Antonio Machado y Álvarez, fundador de los estudios folklóricos en España y de la antropología cultural, que publicó, entre otras obras, su *Colección de cantes flamencos* (1881) y *Estudios sobre literatura popular* (1884), que fue también

22 MACHADO, A., *Juan de Mairena, O. C.*, tomo I, p. 134.

23 *Ib.*, tomo II, pp. 250-251.

institucionista, y que firmó sus escritos con el muy significativo seudónimo de *Demófilo*.

Frente a la ancestral demofobia filosófica, la demofilia machadiana («demófilo incorregible», dijo don Antonio de sí mismo), es revolucionaria, original y única. Sólo encuentra cierto parangón en la cultura occidental en Antonio Gramsci y León Tolstoi y no tiene parigual dentro de la cultura española. Machado va más allá del elitismo redentor de sus maestros Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, que pretenden formar minorías rectoras y educar a educadores para el pueblo, porque propone un acercamiento al pueblo no sólo para enseñarle, sino también para aprender de él, tal y como dice en su escrito «Sobre pedagogía» reflexionando sobre unas afirmaciones de Manuel B. Cossío:

Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español [...]. Pero no basta enviar maestros: es preciso enviar también investigadores del alma campesina, hombres que vayan no sólo a enseñar, sino a aprender.²⁴

Don Antonio también va más allá del paternalismo hacia el pueblo de predicador laico que practica el maestro Unamuno y su posición es la réplica más radical al aristocratismo intelectual, moral y social de Ortega y Gasset. Machado es en este sentido la antítesis de Ortega, porque no distingue entre una minoría elitista y una masa vulgar, sino entre la masa y el pueblo, por un lado, y el pueblo y el señoritismo, por otro. Sobre las masas dice: «Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas», «a las masas que las parta un rayo», «el hombre masa no existe para nosotros».²⁵ Y añade:

El concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas, educación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora [...] en estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse, ni ser educadas. En cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplea-

24 MACHADO, A., «Sobre pedagogía», en *Poesía y prosa*, tomo III, edición crítica de Oreste Macrí, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 1527.

25 MACHADO, A., *Juan de Mairena, O. C.*, tomo I, p. 273.

remos nunca, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca.²⁶

Respeto y amor al pueblo, esa es la clave de su posición. Una vez más, se muestra aquí la originalidad del punto de vista de don Antonio Machado como pensador y su peculiar agudeza que le hace ir, a menudo, a contracorriente. En pleno desarrollo y auge de la visión crítica del fenómeno de las masas y de la concepción elitista de la sociedad, tanto en la Psicología (Gabriel Tarde, Gustave Le Bond o Sigmund Freud) como en la Sociología (Gustavo Mosca, Vilfredo Pareto, Robert Michels o Karl Mannheim) y, sobre todo, en la Filosofía (desde Ortega y Gasset, Heidegger, Scheler, Jaspers o Gabriel Marcel, hasta Horkheimer y Adorno), don Antonio invierte por completo la perspectiva y dirige su crítica no contra el concepto de masa, al que considera un falso y envenenado tópico, sino contra el de élite, defendiendo su idea igualitaria del ser humano y una concepción horizontal del conocimiento que no privilegia al sabio por encima del hombre ingenuo:

En cuanto al concepto de *élite* o minoría selecta, tendríamos mucho que decir, con relación a nuestra Escuela de Sabiduría, porque él nos plantea problemas muy difíciles, cuando no insolubles [...] el grupo de sabios especializados en las más difíciles disciplinas científicas, ni vendría a nuestra escuela ni, mucho menos, saldría de ella. Nosotros no habríamos de negar nuestro respeto ni nuestra veneración a este grupo de sabios, pero de ningún modo les concederíamos mayor importancia que al hombre ingenuo, capaz de plantearse espontáneamente los problemas más esenciales.²⁷

Machado se refiere negativamente al elitismo con una expresión muy española: «señoritismo». El señoritismo no es sólo para él una actitud social, cultural o política, sino, sobre todo, ética, que consiste en negar la universal dignidad del ser humano y que se opone a la ética popular, la única que acepta:

El señoritismo ignora, se complace en ignorar –jesuíticamente– la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma; en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. «Nadie es más que nadie», reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y orgullo! [...] «Nadie es más que nadie», porque –y este es el más hondo sentido de la frase– por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser

26 *Ib.*, tomo II, pp. 23-24.

27 *Ib.*, tomo I, pp. 273-74.

hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito.²⁸

La alusión al señoritismo y a la figura del señorito es frecuente en la obra de don Antonio y siempre con intención crítica y con sentido contrario al que le da Ortega y Gasset cuando habla del hombre-masa como «señorito satisfecho», es decir, como prototipo del hombre vulgar que se cree con derecho a todo y sin deber ninguno. Oponiéndose a Ortega y a todos los defensores de la concepción elitista de la sociedad, Machado hace sinónimos elitismo y señoritismo, pero su crítica no va dirigida solamente contra determinados individuos –por ejemplo, el célebre don Guido como prototipo del señorito andaluz–, o contra una clase social concreta, esa sería una visión superficial del asunto. Para él el señoritismo es, más bien, una forma triste y degradada de lo humano, un modo negativo de humanidad:

La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustro de las botas.²⁹

No voy a glosar las palabras de don Antonio, porque hablan por sí solas. Quede aquí apuntada su concepción integral y revolucionaria de la cultura, que no acepta la habitual distinción entre cultura de zapatos de charol y cultura de alpargatas, y su personal actitud como valedor y defensor de la sabiduría popular. Ahora bien, don Antonio Machado no sólo merece el apelativo de «filósofo del pueblo» por lo que vengo diciendo hasta ahora, sino también por lo que diré a continuación. Voy a completar el perfil alternativo que propongo de su obra y su persona con un tercer trazo o rasgo final: «Machado como creador de Juan de Mairena».

Don Antonio Machado, como he venido señalando, no ha creado una filosofía o un pensamiento sistemático, sino algo mucho más difícil, ha creado un filósofo singular y genial con su correspondiente y original filosofía. Con Juan de Mairena, su yo filosófico y complementario mejor logrado, don Antonio ha dado vida al filósofo del pueblo, un nuevo arquetipo humano y literario que viene a sumarse a otros grandes tipos humanos, casi palpables

²⁸ *Ib.*, tomo II, p. 59.

²⁹ *Ib.*, p. 59.

y de carne y hueso, creados por nuestra literatura clásica: la Celestina, el Lazarillo y, sobre todo, Don Quijote. Al igual que su creador, también Juan de Mairena ha sufrido la zapa devaluadora de su originalidad y se le han buscado todo de tipo de semejanzas e influencias, tanto de personajes literarios como de la vida real: que si se parece al Monsieur Teste de Valery, al Octavio de Romeu de Eugenio d'Ors, al Pío Cid de Ganivet, al Zaratustra de Nietzsche o al Silvestre Paradox de Baroja. Otros dicen, mareando aún más la perdiz, que está inspirado en don Francisco Giner de los Ríos, en Blas Zambrano o en Adolfo Almazán, compañero de don Antonio en el instituto de Baeza. Se ha dicho de todo sobre él, pero atendiendo poco a su singularidad, porque, puestos a buscar parecidos y por decirlo al modo de Perogrullo, a quien más se parece Juan de Mairena es a sí mismo. El verdadero rostro de Mairena es el de Machado transfigurado en filósofo del pueblo. Así nos lo presenta don Antonio en una entrevista de 1938:

Juan de Mairena es un filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico, que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia. Le gusta combatir el «snob» de las modas en todas las materias. Mira las cosas con su criterio libre-pensador, un poco influenciado por su época de fines del siglo pasado, lo cual no obsta para que ese juicio de hace veinte o treinta años pueda seguir siendo completamente actual dentro de otros tantos años.³⁰

Juan de Mairena es una especie de Sócrates andaluz, quijotesco, amable y socarrón, con gotas de sangre jacobina, escéptica, cínica y flamenca. Es el entrañable protagonista de un pensamiento vivo, directo, ágil, ingenioso, con humor y gracia, que recrea la figura del Sócrates platónico en clave paródica y a la española, practicando el diletantismo, el realismo apegado a lo concreto, la imaginación literaria, la disidencia y heterodoxia respecto al canon filosófico occidental y un pensamiento más poético que arquitectónico, que se sirve del ingenio y del espíritu de fineza frente a la razón y al espíritu de geometría. Y todo ello lo hace con paciencia y con modestia, con una actitud que consiste en pensar lo cotidiano, la vida corriente de cada día, dándose tiempo y no dándose importancia. Como humilde y sencillo pensador de lo cotidiano también se asemeja Mairena a Sócrates, según el perfil que de éste nos hace María Zambrano:

30 MACHADO, A., *Poesía y prosa, O. C.*, tomo IV, p. 2280.

Si Sócrates es el único que de soslayo se asemeja a alguien que hace una Guía, es también el que entre los filósofos es más rico de ese saber que el pueblo repite a diario como última instancia de apelación: la experiencia. Sócrates es quien anda más apegado a la experiencia, y si descubrió el concepto no fue por amor a él, sino por amor a la vida que tenía y que lo necesitaba, por irrenunciable afán de encontrar el *logos* de lo diario y cotidiano. El *logos* de la conversación callejera, de la vida vulgar y sin coturno.³¹

No estoy de acuerdo por completo con quienes afirman que el *Juan de Mairena* pertenece al género literario del ensayo³², aun entendido éste en un sentido amplio como género de la modernidad, porque olvidan que el protagonista de la obra es un personaje apócrifo y fingido, aunque en su segunda parte (1936-1938) acabara diluyéndose más bien en un heterónimo. El recurso literario principal del *Juan de Mairena* es, antes y además del ensayo, la parodia, en este caso la parodia filosófica³³, pero no a la manera cruda y satírica de Aristófanes, Menipo, Luciano de Samosata o Voltaire, sino con un humor suave, amable y sutil, porque don Antonio encuentra en el escritor satírico una actitud hipócrita y poco comprensiva que olvida que los vicios o errores ajenos los descubrimos, en primer lugar, en nosotros mismos; es decir, el satírico es alguien que se siente libre de culpa y que está siempre dispuesto a arrojar sobre el prójimo la primera piedra:

La posición del satírico, del hombre que fustiga con acritud vicios o errores ajenos, es, generalmente, poco simpática, por lo que hay en ella de falso, de incomprensivo, de provinciano. Consiste en ignorar profundamente que estos vicios o errores que señalamos en nuestro vecino los hemos descubierto en nosotros mismos [...] y en olvidar, sobre todo, las palabras de Cristo, para conservar el alegre ímpetu que apedrea a su prójimo.³⁴

31 ZAMBRANO, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Barcelona, Editorial Planeta De Agostini, 2011, p. 67.

32 Así lo hace, por ejemplo, Lane Kauffmann, comparándolo con el estilo de Montaigne, en su «Género y praxis en Juan de Mairena», en *Divergencias y unidad: Perspectivas sobre la generación del 98 y Antonio Machado*, Ed. John P. Gabriele, Madrid, Orígenes 1990, pp. 267-283. Y también Pedro Cerezo, comparándolo con el estilo de Kierkegaard, en *Antonio Machado en sus apócrifos. Una filosofía de poeta*, O. C., pp. 272-275.

33 Dice el propio Juan de Mairena en tono de burlaveras: «Que nosotros hacemos, en esta cátedra de Retórica y de Sofística, una especie de astracán filosófico es algo que podemos decir en previsión de fáciles burlas, y para socorrer, de paso, la indigencia mental de nuestros enemigos». *Juan de Mairena*, O. C., tomo I, pp. 208-209.

34 *Ib.*, p. 198.

Alejándose de la crueldad inmisericorde de la sátira, Machado utiliza el humor amable y paródico como tono predominante en su *Juan de Mairena* y quien no lo advierta o no lo tenga en cuenta al leerlo se queda sólo con la letra y se pierde la música de esa obra excepcional. Leído al pie de la letra, el *Juan de Mairena* puede ser clasificado como un ensayo fragmentario, un conjunto de «piezas descosidas», a la manera de Montaigne, con voluntad sentenciosa y aforística; o un ejemplo del fragmento romántico, a la manera de Friedrich Schlegel, como libre e ilimitada manifestación del ingenio creador. Pero, escuchando su tono y su zumbona música, se advierte que, antes y además de todo ello, nuestro Mairena es protagonista de una original y genial parodia.

En el uso de la parodia don Antonio se nos muestra como un magnífico continuador del gran Cervantes, de quien él mismo dijo: «Del más humilde propósito literario, la parodia, surge —¡qué ironía!— la obra más original de todas las literaturas». ³⁵ Así es también en su caso, si Don Quijote es la parodia de Amadís de Gaula, Juan de Mairena es la réplica o mimesis paródica del Sócrates platónico. Cervantes convirtió a Amadís de Gaula en un caballero enloquecido que deambula por La Mancha conversando con un sencillo y pobre labrador, «hombre de bien» y «de muy poca sal en la mollera», rebotante de dichos y refranes y de ganas de comer. Don Antonio Machado convierte a Sócrates en un extravagante profesor de Gimnasia, que da clases gratuitas de Retórica y Sofística en sus horas libres, que quiere fundar una quimérica Escuela Popular de Sabiduría Superior, y que dialoga con sus alumnos sobre todo lo divino y lo humano, en especial con los más torpes, a los que siempre coloca en primera fila. Así como Don Quijote es el espíritu cervantino del mundo montado a caballo, Juan de Mairena es el espíritu machadiano del mundo meditando y conversando con sus jóvenes discípulos. Y la coincidencia entre el espíritu cervantino-quijotesco y el machadiano-maireniano no se encuentra sólo en el uso de la parodia, está también en la fuente de inspiración de ambos y en la materia prima de la que su escritura se alimenta, tal y como don Antonio refleja en las siguientes palabras: «El material con que Cervantes trabaja, el elemento simple de su obra, no es el vocablo, sino el refrán, el proverbio, la frase hecha, el donaire, la anécdota, el modismo, el lugar corriente, la lengua popular, en suma, incluyendo en ella la cultura media de

³⁵ *Ib.*, p. 249.

Universidades y Seminarios». ³⁶ Ese mismo material es también el elemento simple de la obra de Machado.

Son múltiples los ejemplos que cabe señalar de esta clave paródica del *Juan de Mairena*. De entrada, Sócrates es, junto con Jesús, el personaje histórico más nombrado y aludido en toda la obra y las referencias humorísticas hacia él son recurrentes y aparecen en diferentes pasajes. Por ejemplo, Mairena alude a la realización en su clase de un ejercicio muy atrevido y estrambótico, que un erudito amigo suyo llegó a tomar en serio por el mero afán de demoler reputaciones y excelencias, en el que él y sus alumnos pretendían demostrar que los *Diálogos* de Platón eran, en realidad, manuscritos robados por Platón, no a Sócrates, sino a su mujer Jantipa. O llegaban a afirmar con guasa que el pobre Sócrates huía de su casa y se echaba a la calle para conversar con el primero que se topaba porque estaba harto de la superioridad intelectual de su mujer. Y el amigo erudito, llevado por su afán desmitificador de excelencias, «llegó a insinuar la hipótesis de que la misma condena de Sócrates fuese también cosa de Jantipa, que intrigó con los jueces para deshacerse de un hombre que no le servía para nada». ³⁷

La clave paródica está también presente en la versión personal escéptica y paradójica que Mairena hace del célebre *daimon* socrático como un diablejo que lleva consigo, que le confunde y que simboliza una especie de espíritu de la contradicción:

Llevo conmigo un diablo –no el demonio de Sócrates– sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado; que a veces habla por mi y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ³⁸

O en la versión española que hace de los acusadores de Sócrates cuando narra a sus alumnos uno de sus sueños:

Lo cierto es que se me acusaba como al gran Sócrates –repárese un poco en la vanidad del durmiente– de corruptor de la juventud. La acusación era mantenida por un extraño hombrecillo, con sotana eclesiástica y tricornio de guardia civil. ³⁹

³⁶ MACHADO, A., «Las “Meditaciones del Quijote” de José Ortega y Gasset», en *Poesía y prosa, O. C.*, tomo III, p. 1565.

³⁷ MACHADO, A., *Juan de Mairena, O. C.*, tomo I, pp. 100-1.

³⁸ *Ib.*, p. 105.

³⁹ *Ib.*, tomo II, p. 123.

O en la enmienda escéptica que hace a la más famosa frase de Sócrates:

Sabido es que Mairena sostuvo, alguna vez, que el dicho socrático «sólo sé que no sé nada» contenía la jactancia de un excesivo saber, puesto que olvidó añadir: *Y aun de esto mismo no estoy completamente seguro*.⁴⁰

O en la parodia de la Academia platónica representada por la Escuela Popular de Sabiduría Superior, cuyo lema no deja dudas al respecto y la convierte en escuela del desaber, en figura representativa de lo no institucional y lo antiacadémico: «No entre nadie en esta escuela que crea saber nada de nada, ni siquiera Geometría».⁴¹

¿Y a cuento de qué este empeño y esta parodia? Pues, muy sencillo, para humanizar y hacer mundana a la filosofía, revelando, de paso, un largo proceso deshumanizador y escolar que la ha configurado desde Platón hasta Hegel. Para mirarla del revés —«El humor muestra el doble de toda cosa», dijo Gómez de la Serna— y criticar su falsa divinidad y sus aires de grandeza, para acercarla al pueblo, a la gente corriente, para que le hable no a la élite de los filósofos, sino al hombre, a cada hombre: «El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie».⁴² Juan de Mairena es, en el mejor sentido de la expresión, un librepensador con pantuflas, quijotesco, que habla para todo el mundo, que no le teme al ridículo («tengo mucho —bien lo reconozco— de maestro Ciruela», dice a sus alumnos) y que se presta a la chuffa y a la chanza, porque no busca ser distinguido, sino corriente, porque propone como virtud un orgullo modesto y no padece el síndrome platónico-aristotélico tan extendido del endiosamiento del filósofo; al contrario, pues, es consciente de que el divino Platón filosofaba sobre los hombros de los esclavos. Juan de Mairena es también un dinamitero intelectual llano y cordial, de los que muerden con la boquita «cerrá», como canta una copla flamenca⁴³, que nos somete de entrada, al igual que su ancestro el Sócrates ateniense, a una cura de humildad, que nos confronta primero con nuestra estupidez para salvar después nuestra inteligencia. Así como Cervantes no quiso acabar en su *Quijote* con los ideales

40 *Ib.*, pp. 117-118.

41 *Ib.*, tomo I, p. 270.

42 *Ib.*, p. 353.

43 La copla popular flamenca dice: «Tu mare no dice ná / tu mare es de las que muerden / con la boquita cerrá».

heroicos, sino con su falsa apariencia, Machado tampoco quiere acabar en el *Juan de Mairena* con los ideales filosóficos, ni mucho menos, sino ponerlos en solfa, cribarlos y airearlos con donaire y frescura, situarlos en contacto con la realidad para humanizarlos y quitarles la vanidad que les sobra como un miserable robín. Y todo eso lo hace sin aspavientos ni discursos altisonantes, sonriendo con burla leve, como describe María Zambrano:

Y el filósofo que hay que ser en España cuando vienen las malas, no grita ni manifiesta nada, ni tiene nada de extremista. Sonríe con burla leve. Y esta burla impalpable es la sabiduría más madura, la flor de toda una civilización.⁴⁴

Juan de Mairena es un filósofo que medita, conversa y sonrío y que no ejerce la arrogancia despectiva de un Jeremías enfadado con el mundo, porque busca el sentido con sentido del humor. La risa burlona de Juan de Mairena hacia la campanuda solemnidad de la mayoría de los filósofos, —recordemos que la risa en este gremio suele tener, en general, mala fama y que en él abundan más los llorones heráclitos que los demócritos risueños— esa risa, digo, es la heredera de aquella otra burla mítica de la muchacha tracia ante el despiste contemplativo de Tales de Mileto. Ríe como testimonio de un conflicto irresoluble entre la serena contemplación de la teoría y la perturbación inevitable y dramática del mundo de la vida, como prueba de la confrontación irreconciliable entre la envarada homogeneidad del pensar y la espontánea heterogeneidad del ser. Ríe, además, como Demócrito ante la estupidez del hombre, porque también Mairena sabe que «la tontería del hombre es inagotable». Y es, en fin, cómplice, a su manera siempre amable, humana y profundamente seria, de la célebre sentencia de Pascal: «Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar». El estilo peculiar de Mairena es un *entre burlas y veras*, tal y como él mismo aconseja a sus discípulos:

Que vuestra posición sea más humana que escolar y pedante, quiero decir que no os abandone ese *minimum* de precaución y de ironía, sin el cual todo filosofar es una actividad superflua. ¿Seriedad? Sin duda. Pero ello quiere decir que no habéis de tomar muy en serio las conclusiones de los filósofos que suelen ser falsas y, por supuesto, nada concluyentes, sino sus comienzos y visiones, éstas sobre todo, que apenas si hay filósofo que no las tenga.⁴⁵

44 ZAMBRANO, M., *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 172.

45 MACHADO, A., *Juan de Mairena, O. C.*, tomo II, pp. 96-97.

Juan de Mairena no nos da casi nunca respuestas definitivas, no nos suministra ni respuestas para todo ni píldoras conceptuales, pero nos enseña como pocos a mirar con suspicacia y preguntar. Por eso es un excelente maestro para aprender a vencer las tristes patologías que desde antaño aquejan al pensamiento: la soberbia y engolada pedantería, la jerga esotérica, la erudición estéril, el refrito de textos sobre textos, la pomposa y retórica ilusión de contenido, la tontería dogmática, redicha y severa o el menosprecio petulante del sentido común del pueblo y del buen humor. Para curarnos de esas rémoras, nos enseña a meditar con sencillez y naturalidad desde la experiencia, a libar de la flor y no de la miel, y a pensar sospechando de nuestras conclusiones con una sonrisa en los labios, siguiendo la máxima anotada por don Antonio en *Los complementarios*: «Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando he escrito la contraria».⁴⁶ Juan de Mairena habla siempre como aficionado y no como profesional del pensamiento, se muestra amigable y cercano y, a la vez, paradójico, irónico, y mordaz. Su talento es integrador y con un gesto amable nos invita a caminar sin prejuicios, en un viaje de ida y vuelta, «de lo uno a lo otro»: de la homogeneidad del pensar a la heterogeneidad del ser, de la filosofía a la poesía, de la identidad a la diferencia, del vivir al soñar, del yo fundamental al tú esencial. Juan de Mairena, representa aquellas virtudes que nunca deberían estar ausentes del pensamiento y de la vida: la originalidad, la claridad, el ingenio, la ironía, el humor, la gracia, la sencillez, la elegancia en el decir y, por encima de todas ellas, la humildad y la humanidad, sin las cuales todas las anteriores carecerían de sentido, porque, como bien dijo nuestro Miguel de Cervantes en el *Coloquio de los perros*, la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea.

Hasta aquí he intentado apuntar, sólo apuntar, un retrato alternativo de don Antonio Machado como filósofo del pueblo mediante tres trazos, tres temas, tres lemas y tres claves. Es obvio que el número tres ha sido la estructura y el sostén de mi dibujo sobre él y es lógico que sirva también para darle remate. Para terminar, quiero tomarme una licencia académica y abrochar esta meditación con una breve fábula en forma, cómo no, de trilogía: en el ruedo filosófico hispano ha habido dos grandes gallos de pelea, dos extraordinarios polemistas, maestros de la palabra y agitadores de espíritus, don Miguel de Unamuno y don José Ortega y Gasset; pero el pacífico, discreto y zumbón búho de Minerva, que emprendió el vuelo filosófico en el atardecer

46 MACHADO, A., en *Poesía y prosa, O. C.*, tomo III, p. 1188.

de su vida, ha sido don Antonio Machado, quien nos legó un pensamiento tan sencillo y original como hondo, heterodoxo y radical, un saber bienhumorado y hermanado con el pueblo. Entre los tres, con diferente espíritu trágico, lúdico o poético, fundaron la tradición contemporánea de la filosofía española y abrieron los caminos que hasta hoy transita nuestro más genuino y original pensamiento. Por eso es justo que siempre se nos antoje escaso el tiempo que dedicamos a honrar su memoria.